



El quinceavo otoño en La Mancha

Lenin Yuquilima

Cuentan muchas voces y pocas letras, es que los rumores se hablan más de lo que se escriben, que el loco Quijote, fue joven antes de ser Quijote, y que desde la juventud ya se había hallado atrapado en la brillante locura que le haría trascender los tiempos, ya no montado en Rocinante sino en el lomo vetusto y fragante de los libros, seduciendo, en lugar de a Dulcinea, a mentes ávidas de las historias de este pseudo caballero andante. Cuentan pues, muchas voces, más viejas que jóvenes, que Don Alonso Quijano cuando era un mozalbete ya tenía aventuras como la que os contaré a continuación.

Había cruzado el desvencijado tiempo de su delgada pubertad, el mozo Alonso, y aquel día se hallaba caminando por el campo, cuando escuchó una voz femenina casi tan dulce como el canto de siete mil ángeles; curioso y osado se asomó por entre los matorrales a observar a la poseedora de tan hermosa voz. Era María de Navarra, la hija de un hacendado vecino de Quijano que estaba mojando sus pies en un arroyuelo mientras cantaba una vieja nana típica. Allí se quedó nuestro joven Alonso poseído por el perfume de aquella doncella a la que no podía dejar de observar con deleite.

De pronto, una ventisca asomó por aquel paraje, una ventisca que crecía y a la que poco le faltaba para ser huracán. Traía, la tormenta, una lluvia de brasas encendidas que arrastraba por el aire. De repente, se materializó junto a la doncella que contemplaba, un león magnífico de gran tamaño y con dos cabezas. Sus rugidos, aunque breves, hacían temblar el campo y parecían tragarse al huracanado viento. Delante de sí vio Alonso caer del cielo una espada y tomándola entre sus manos se abalanzó a

defender a la doncella del ataque de tan temible criatura.

— ¡Atrás, bestia del averno! — gritaba mientras corría tras la bestia a la que atacaba con su espada.

Un contundente golpe en su cabeza le hizo caer sin conocimiento. Cuando despertó vio a las hojas rojizas que caían de los árboles arrastradas por el viento y a la doncella curando a un viejo perro vagabundo que asomaba por esos lares de vez en cuando buscando comida.

En silencio y avergonzado, con una vara en la mano, el joven Alonso se alejó de allí.